



EL CORDOBAZO Y LXS ANARQUISTAS

Testimonios sobre la insurrección
popular del 29 y 30 de mayo de 1969

EXPANDIENDO
LA REVUELTA

EL POR QUÉ DE ESTA EDICIÓN

Decidimos traer al presente los textos “Insurgencia popular. Córdoba: Primer Eslabón” y “La agitación estudiantil: su instrumentación política y la insurrección”, publicados originalmente en el periódico “**La Protesta**” N°8113, Junio de 1969, para poder dialogar con el pasado desde una óptica anárquica, nunca ‘objetiva’, si consecuente y revolucionaria.

Esta pequeña edición sale el 30 de mayo del 2023, a 54 años de la insurrección social que abriría el imaginario subversivo desde Córdoba, en el territorio dominado por el Estado Argentino, impulsando un salto cualitativo en la guerra social, desde la radicalización de algunos entornos obreros, hasta experiencias guerrilleras de distinta índole, expropiaciones, secuestros y en paralelo una represión a larga escala en toda la región.

Si hoy seguimos reivindicando el Cordobazo es porque es parte del imaginario social donde no necesitamos ni líderes ni dirigentes para rebelarnos, donde la chispa insurrecta trasciende el discurso de los Cuadros Políticos y las grandes organizaciones que hacen reivindicaciones a posteriori adjudicándose roles que no tuvieron, o exagerando su incidencia en la revuelta popular.

Evidentemente muchas cosas han cambiado, parte del lenguaje que utilizan lxs compañerxs de La Protesta no nos pertenece, pero estas son banalidades en comparación con lo que nos une, más allá de una sigla, de una adhesión ideológica o una línea histórica, es la convicción antiautoritaria, la ética subversiva y la apuesta constante por la agitación y la rebelión, algo que para algunxs historiadorxs izquierdistas se denomina “ortodoxia”, para nosotrxs es la consecuencia de un impulso vital que se resiste a las “alianzas estratégicas” y los “frentes populares” para continuar marcando en el presente la línea que separa a lxs explotadxs de lxs explotadorxs, al deseo libertario de la autoridad.

Este es solo un pequeño aporte para seguir pensando la memoria desde la perspectiva y la acción anarquistas, recomendamos para seguir profundizando en el rol anárquico durante los 60’s y 70’s en Córdoba los libros “Historia del anarquismo revolucionario en los 60/70” Tomo I, II y III, de la editorial “Kuruf”. Por nuestra parte nos adentramos en los debates y reflexiones sobre los 60’s y 70’s en Buenos Aires en nuestro libro “Anarquismo: Insurrección armada y guerrillas” (2021) y en distintas publicaciones como “Reflexiones anarquicas sobre las guerrillas argentinas (1975-1981)” (2022).

EXPANDIENDO
LA REVUELTA

INSURGENCIA POPULAR

La Protesta N°8113, Junio de 1969.

Hace cuarenta años el ejército ocupó la Argentina. Desde entonces ellos hacen y deshacen, ponen y sacan gobiernos, dictan la política económica.

La falta de resistencia a la tropa de ocupación hacía que ésta no necesitara exhibirse ni manifestarse en forma violenta.

Por un día, en Córdoba, segunda o tercera ciudad de la República, las tropas de ocupación tuvieron que dar la cara; tuvieron que mostrar al pueblo su verdadera función: aplastar, reprimir, matar.

Así fue como en Córdoba, el jueves 29 de mayo se da el primer paso en el seguramente largo proceso de liberación y desocupación del país. Un proceso que no puede ser sino revolucionario, socialista y anárquico.

Superada la policía por miles de manifestantes que enfrentaron sus armas y la corrieron a cascotazos, el enfrentamiento se ubicó en el terreno justo: ejército de ocupación por una parte y pueblo combatiente, obreros y estudiantes, por otra.

La batalla duró dos días y su saldo en vidas inmoladas difícilmente se llegue a conocer. La resistencia popular armada fue acallada. La ciudad de Córdoba conoce la verdad de la ocupación del país por las tropas, y el odio y rencor contra ellas crece día a día.

Los obreros y estudiantes cordobeses, y en menor escala los tucumanos, los rosarinos, los mendocinos y los de todo el país, han hecho una experiencia invaluable: hace falta muy poco, apenas decisión y cascotes para echar a la policía y muy poco más para echar también al ejército de ocupación y a los gendarmes.

Por supuesto que a caballo de este proceso querrán montarse políticos y dirigentes gremiales pero la insurgencia no es de ellos sino de la población.

De los obreros, hartos de ser siempre los que pagan los platos rotos de una economía que beneficia a los perpetuos privilegiados; de los estudiantes, hartos del manoseo policial y del lavado de cerebro que se practica en la Universidad para convertirlos a lo largo de cinco o seis años en fieles servidores de un régimen de explotación y de autoritarismo.

Aparecerán ahora, incluso en las filas del ejército, las voces “democráticas”: hay que tranquilizar; la violencia sólo conduce a la represión y a más violencia; el diálogo es más fecundo que las balas...

Pero cada vez será más difícil engañarnos. Para ellos tranquilidad significa acatamiento y obediencia; paz significa miedo a la represión para que ella no sea necesaria, y diálogo quiere decir desahogar en palabras y estériles discusiones parlamentarias las tensiones creadas por las injusticias sociales.

La insurgencia en Córdoba puede ser el primer jalón de un profundo proceso revolucionario. La condición es no escuchar los cantos de sirena de nuevos o viejos salvadores.

Hay una sola vía de redención que consiste en la creación de un orden social nuevo: sin privilegios ni iniquidad social —igualitario—; sin mandones ni monopolistas de la fuerza —libertario— y ese orden nuevo sólo lo puede construir el pueblo al tiempo que destruye el viejo orden y que enfrenta a las fuerzas sobre las que se apoya, en primer término el ejército.

El camino es largo, la espontaneidad popular puede ser lenta, pero donde hay un comienzo puede vislumbrarse un final. El comienzo queremos que se llame Córdoba y el final la Revolución Social y la Anarquía.

CORDOBA: PRIMER ESLABÓN

En medio de la brutal represión desatada por la dictadura militar importa a los anarquistas señalar las causas profundas de la agitación, y ahondar y extender las posibilidades insurreccionales dándoles un sentido acorde con la finalidad revolucionaria.

Tres aspectos deben conjugarse en el análisis de la situación actual: 1) las posibilidades del proyecto revolucionario en la sociedad industrial, tanto capitalista como soviética, y en las sociedades en desarrollo; 2) las características empíricas del movimiento estudiantil mundial, que aparece como vanguardia de la agitación, y 3) las condiciones específicas bajo la dictadura militar en la Argentina.

En este artículo haremos referencia a los dos primeros señalando nuestro pensamiento, para referirnos al tercer aspecto de los enumerados.

Si nos detuviéramos en un análisis de la agitación estudiantil y obrera, que tome en consideración sólo los hechos inmediatos -así los extendamos hasta el golpe de Onganía hace poco menos de

la revolución social, redentores del proletariado, predicadores de la revolución que nunca se hará.

Para los anarquistas, la acción directa, la agitación callejera, la barricada y la insurrección tienen diversos sentidos profundos y coincidentes: colocan al poder, aunque solo sea por un momento, en manos del pueblo; son así una acción de ejemplo; desenmascaran la verdadera esencia del poder político, muestran que para él la fuerza es la última ratio, es decir, ponen a la vista la tremenda violencia que ejerce un sistema basado en la expropiación de la fuerza de trabajo, en la propiedad privada de los medios de producción y en la centralización del poder político; posibilitan la introducción del proyecto revolucionario en el seno del sistema, lo ramifican hacia nuevos grupos sociales, lo enriquecen con la experiencia que traen los hechos mismos o el cambio producido.

la insurrección. Si el proyecto revolucionario es lo que la sociedad global no es, si su esencia es el pensamiento crítico, la negación total de la sociedad establecida, se hace evidente que tanto el proyecto establecido como el proyecto revolucionario forman parte de la misma continuidad histórica. La abstracción de la idea revolucionaria “procede sobre terrenos históricos y permanece relacionada a las mismas bases de la que parte: el universo social establecido. Incluso cuando la abstracción crítica llega a la negación del universo establecido del razonamiento la base sobrevive a la negación (subversión) y limita las posibilidades de la nueva posición (2).

La ruptura la produce la acción. La insurrección cambia las condiciones de la situación, pero las posibilidades reales de la situación nueva están dadas por los contenidos que, en la justeza de su pensamiento crítico, la idea de la revolución, ha podido introducir en el seno de la insurrección.

Dicho de otro modo, la con-junción del proyecto revolucionario y el acto, de la idea y de la acción, es

proletariado como factor fundamental del cambio estructural, y 2) las posibilidades del estudiantado como factor de este cambio.

El proletariado en las condiciones específicas de las primeras etapas de la sociedad industrial se encontraba marginado del proyecto establecido, era utilizado por el sistema en una economía de pobreza, y enfrentado de manera total con los detentadores del poder y la riqueza. En esas condiciones el proyecto establecido es, esencialmente el proyecto de un grupo minoritario con relación a la gran masa de proletarios y campesinos. Los poderosos excluyen a los pobres de toda participación en la creación y gestión del proyecto, y existen las instituciones de control de la pobreza, las normas culturales y la ideología conveniente, para mantener separadas y a distancia a las grandes masas. El proletariado era así el factor fundamental del cambio estructural para todos los grupos sostenedores del proyecto revolucionario. Pero las condiciones actuales no son las mismas, el proletariado en la sociedad de consumo ha entrado en el “establishment” de distintas maneras. Al socialismo parlam-

LA AGITACIÓN ESTUDIANTIL

Su Instrumentación Política y la Insurrección

3 años, los veamos desde el punto de vista de la represión, que incluye el control político de la totalidad de las actividades colectivas por medio de leyes represivas, el garrote policial, la ocupación militar de las poblaciones, la pena de muerte y los consejos de guerra para quien se rebele— y no introdujéramos el proceso histórico del cambio social y el análisis prospectivo, perderíamos de vista la significación del cambio revolucionario. Al perder de vista esta significación aparecerán en primer plano las razones políticas circunstanciales de los grupos interesados en la disputa del aparato legal de la sociedad burguesa, razones en las que están interesados en primer lugar los grupos que lo detentan, pero también las minorías de distintos matices de la extrema derecha, como los que lloran por el impuesto a la tierra, o los políticos liberales que hacen llamados a la inoperante y caduca democracia parlamentaria y al sufragio universal, hasta los grupos que, desconectados de la base popular, quieren el poder para imponer desde allí

EL PROYECTO REVOLUCIONARIO COMO NEGACION TOTAL

Tomando una idea que está en Proudhon, podemos decir que la acción crea la realidad y las ideas que sobre la realidad tenemos. El comportamiento humano, simbólico, la conducta social, la acción colectiva, construyen la realidad en un contexto significativo. Así podemos decir que el universo social en que vivimos es un proyecto histórico, y el sistema de dominación político-económico forma parte de lo que podemos llamar el “proyecto establecido”. Frente a él, el ‘proyecto revolucionario’ propone un mundo por ganar. Quiere “el impulso y la vida, y un mundo nuevo, sin leyes y por lo tanto libre” (Bakunin). Pero el “proyecto revolucionario” es en esencia contradictorio con el proyecto establecido” (1).

Ya aquí aparece la fundamental importancia de

lo que transforma a la insurrección en revolución. Pero lo importante es que no puede desarrollarse uno sin el otro. La insurrección sin el proyecto revolucionario queda estéril, vacía, a la mano de sus lacayos políticos que la usan para cambios palaciegos que no tocan la estructura del sistema y aumentan la frustración el dolor y el desencanto. El proyecto revolucionario sin la insurrección permanece utópico, fuera de las condiciones reales, expulsado del sistema establecido.

LA AGITACION ESTUDIANTIL Y EL MOVIMIENTO OBRERO

Sentados estos aspectos generales, nos abocamos a las posibilidades concretas de la insurrección en el mundo actual; a la primera mirada surge una certidumbre: la protesta se enciende y corre por las calles de la mano de la juventud universitaria. Esto nos coloca ante dos problemas: 1) la función del

entario le toca su parte en esta transformación. No se nos en tienda mal, las condiciones objetivas permanecen, en el sistema se mantiene la relación explotadores-explotados, dominadores-dominados, en los ejes económico y político de la estructura; pero el universo de la sociedad industrial se ha cerrado sobre sus propias leyes del juego, y las organizaciones tradicionales de lucha como los sindicatos, han entrado a formar parte de la estructura de poder, junto con la aceptación de la legitimidad de la acción parlamentaria, los partidos políticos u otras formas de participación como en los países de la órbita soviética.

La situación en los países sub-desarrollados no es la misma, pero el proceso de industrialización trae aparejado el mismo modelo de cambio adaptativo sufrido en las sociedades altamente desarrolladas. Estos modelos son los que hay que cambiar.

En este contexto aparece el estudiantado impulsando un movimiento de “contestación” total; la ju-

ventud pone en discusión al sistema como un todo, y tiende a elaborar la ideología que permita su inserción realística en el proceso revolucionario.

No debe ser confundida esta rebelión actual de la juventud (como la gazmoñería o la racionalización al uso de los “bien pensantes” podría hacernos creer), con el tema clásico de la rebeldía de los adolescentes o de la lucha generacional. El actual movimiento de protesta de los jóvenes del mundo tiene un sentido profundo que debe ser desarrollado. Numerosas y válidas causas pueden ser citadas para explicarlo: la explosión demográfica en las universidades, una élite sin ubicación en una sociedad de más en más automatizada, la contradicción entre los valores absolutos y relativos de la cultura (en esto la guerra de Vietnam debe ser destacada tanto como el abandono del mito revolucionario por Rusia), la pérdida de legitimidad del orden político y del orden jerárquico en todos sus aspectos tradicionales, el aumento de la burocratización, la despersonalización e incomunicación en la sociedad industrial etc. Los estudiantes aparecen así como un nuevo grupo de marginales sociales en condiciones óptimas para adquirir conciencia de la situación total de la sociedad. La Universidad, aunque no lo quiera, le da un instrumento: el negamiento crítico; el número le da la fuerza, la base empírica de la acción colectiva.

Las minorías actuantes darán de esta manera la condición esencial para la extensión del proyecto revolucionario al posibilitar la acción callejera, la unión real con el proletariado “dentro de un proceso dinámico de luchas comunes o paralelas, pero que dado su carácter de total impugnación, resultan siempre convergentes” (3. En la acción la toma de conciencia se nutrirá con el aporte de la juventud proletaria en el proceso de llevar la insurrección a los caminos de la revolución.

ES LA ARGENTINA DE ONGANIA

En las condiciones específicas de la Argentina toda la problemática de la insurrección se encuentra marcada por la preeminencia de los factores estructurales, es decir del lado de la espontaneidad; con un marcado déficit en los factores ideológicos, es decir, en el proyecto revolucionario.

Un proceso de industrialización en sus comienzos determina la existencia de un proletariado todavía mal integrado al sistema pero propenso al liderazgo carismático o al desencanto político. Al

mismo tiempo, un estudiantado en el que todavía la búsqueda de status y el ascenso social o de integración en el sistema es posible, está en pobres condiciones para la elaboración ideológica. Esta situación reduce las posibilidades del encuentro entre la acción y el proyecto revolucionario en el punto de partida en que nos hallamos.

Otro elemento negativo, en un primer momento, es la existencia de una dictadura militar. Esto falsea la realidad al extremo de unificar la oposición, allí están desde todos los núcleos privilegiados que no están satisfechos con el poder de decisión que les toca dentro del gobierno, hasta la real oposición revolucionaria.

Esto, es cierto, facilita las condiciones de la insurrección pero facilita también su instrumentación por los grupos de derecha y centro, y por todas las fracciones liberales de los partidos políticos tradicionales que añoran las blanduras de la burguesía en ascenso.

Esta confusión liberal es el peligro más evidente que deben superar los grupos anarquistas. Los anarquistas deben comprender que sólo ahondando en el camino insurreccional se puede plantear el problema de la revolución. La insurrección radicaliza la acción y permite mostrar el aspecto represivo de la sociedad capitalista más allá de la dictadura militar; al mismo tiempo, de la acción directa en la calle se pasa fácilmente a la ocupación de los lugares de trabajo y, a poco que se mantenga la huelga desorganiza la economía capitalista obligando a los trabajadores a reorganizarse sobre bases diferentes. “Al hacerlo, se ve que ellos atacan: a la prensa tal como existe, es decir, controlada por la clase dirigente; a la organización de los establecimientos dirigidos por miembros de la clase dirigente; a la distribución de los productos alimenticios, falseada en beneficio de la clase dirigente. Este fenómeno de superación de la vida económica partiendo de la base, es la Autogestión. Los trabajadores muestran así que son capaces de reemplazar el sistema capitalista que sólo ellos hacen marchar”. (“Noire et Rouge”).

Los hechos de estas últimas semanas muestran claramente las posibilidades del espontaneismo popular y las dificultades de su canalización revolucionaria. Pero lo tremendo de la represión militar no debe llevarnos a silenciar las aristas particulares del anarquismo en aras de una unificación de la protesta dentro de los marcos liberales, sino, como decimos, a mostrar las condiciones reales de transformación que tiene el poder en la calle.

Es interesante, por último, consignar la unánime adhesión que suscita en los círculos tradicionales, reaccionarios y liberales, como la “prensa seria” y también en los comunicados del gobierno, esa falsa concreción de la historia que es la teoría conspirativa. Todo lo que ocurre es atribuido a agitadores profesionales que cumplen sistemáticamente con las etapas de un plan exactamente fijado en todos sus detalles por algún centro conspirativo supranacional, cuyos fines señalan como ocultos, incalificables o inconfesables. Se olvida de esta manera la participación masiva de grandes sectores de la población, se desconoce las profundas contradicciones del régimen de la propiedad privada y el poder centralizado, es decir, se pretende negar la miseria, la explotación y la opresión, buscando algún culpable de afuera que viene a turbar nuestras plácidas digestiones.

Comprometidos en la liberación del pueblo, contra el imperialismo, el capitalismo y la dictadura, los anarquistas afirmamos que sólo existe un camino: ahondar en el contenido revolucionario de la agitación popular hasta terminar con la propiedad privada y el Estado, marchando hacia una reorganización de las relaciones sociales basadas en la autoorganización por los interesados directos, de las fábricas, administraciones, servicios públicos, municipios y ciudades y regiones.



(1) “Sociología de las revoluciones”, André Decauillé. Ed Proteo, Bs. As., 1968, página 23.

(2) “El nombre Unidimensional”. Ed. J. Mortiz, México, 1968, página 152.

(3) “Le Gauchisme”. Cohn- Bendit, Seuil, París, 1968, página 262.



"...Los obreros y estudiantes cordobeses, y en menor escala los tucumanos, los rosarinos, los mendocinos y los de todo el país, han hecho una experiencia invaluable: hace falta muy poco, apenas decisión y cascotes para echar a la policía y muy poco más para echar también al ejército de ocupación y a los gendarmes.

Por supuesto que a caballo de este proceso querrán montarse políticos y dirigentes gremiales pero la insurgencia no es de ellos sino de la población. De los obreros, hartos de ser siempre los que pagan los platos rotos de una economía que beneficia a los perpetuos privilegiados; de los estudiantes, hartos del manoseo policial y del lavado de cerebro que se practica en la Universidad para convertirlos a lo largo de cinco o seis años en fieles servidores de un régimen de explotación y de autoritarismo. Aparecerán ahora, incluso en las filas del ejército, las voces "democráticas": hay que tranquilizar; la violencia sólo conduce a la represión y a más violencia; el diálogo es más fecundo que las balas...

Pero cada vez será más difícil engañarnos."

MAYO 2023.
ARCHIVOS DE JUNIO DE 1969.